

Curto, Diogo Ramada *Cultura imperial y proyectos coloniales de los portugueses (siglos XV-XVII)*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2019, 508 págs. ISBN: 9788416662876.

El americanista que estudia la *Historia de las Indias de Bartolomé de Las Casas* no presta siempre la debida atención a los capítulos que tratan de la expansión portuguesa en África. En el inicio de esta fuente dedicada a la colonización del Nuevo Mundo el dominico relaciona los estragos cometidos por los portugueses en la costa africana en el siglo XV con los “abusos y crueldades” que devastarán las Indias de Castilla en la centuria siguiente. Para denunciar las formas y las consecuencias de la penetración lusa en la costa africana, Las Casas extrae la materia de sus ejemplos y los argumentos de sus denuncias de las grandes crónicas portuguesas. ¿Cómo explicar el interés lascasiano por el vecino portugués? Para el lector contemporáneo poco familiarizado con los historiadores de Lisboa y la trayectoria del imperio luso, el libro de Diogo Ramada Curto trae respuestas y llega a tiempo para llenar nuestras lagunas y restablecer en sus varias dimensiones los marcos discursivos –intelectual, literario e historiográfico– en los que tanto portugueses como castellanos atravesaron los siglos XV, XVI, XVII y XVIII.

El conjunto de estudios que Ramada Curto reúne sobre las manifestaciones culturales y las ambiciones coloniales del imperio portugués cubre un largo periodo de tiempo que se extiende desde el fin de la Edad Media hasta los albores del siglo XIX. El libro se divide en tres partes. La primera considera las relaciones entre lengua, literatura e imperio según un recorrido estrictamente cronológico: los primeros contactos, la época del cronista Zurara, la de Vasco de Gama y las décadas de 1550 y 1560. En la segunda parte, el autor se concentra sobre dos temas: la producción escrita inspirada por la expansión imperial y las prácticas que construyen la identidad portuguesa. Esta vez el periodo abarca la segunda mitad del siglo XVI y casi todo el XVII. Al explorar las distintas partes del imperio, Ramada Curto nos hace viajar desde la India portuguesa hasta el Brasil y África occidental. Varios grupos de actores se suceden, tan distintos como los cristianos de Oriente, los invasores holandeses en Brasil, los *bandeirantes* paulistas, los marañones y los peruleros. En la tercera y última parte, bajo el título “Ilustración y prácticas de escritura”, el autor recorre un largo siglo XVIII (1697-1808) para interrogar a las élites intelectuales y científicas del Brasil y de la India portuguesa.

Digámoslo de inmediato, este largo recorrido –más de quinientas páginas– a la vez cronológico y temático no propone una síntesis sobre la temática anunciada por el título del libro: la cultura imperial, los proyectos coloniales. Su interés es otro. La publicación en castellano de esta serie de artículos tiene como primer mérito el de dar a conocer a uno de los historiadores portugueses más relevantes de su generación. Nos proporciona un retrato de este investigador a través de sus preocupaciones y curiosidades, de su capacidad para abrirse a otros continentes y otras culturas, o

sea, para renovar la vieja historia imperial aprovechando la riqueza inagotable de un pasado colonial doble, a la vez oriental y occidental (el Brasil). Ramada Curto lo hace privilegiando una historia intelectual ambiciosa que abarca tanto la producción escrita, la circulación del libro, las cuestiones ligadas a la identidad así como la historia de las ciencias. Esta historia intelectual renovada no podía dejar a un lado los lazos entre espacios públicos y prácticas de la escritura. Como sugiere el autor, “miscelánea” – o “selva”, pensando en las que se publicaban en la Castilla del siglo XVI–, sería un término más apropiado para definir este largo y siempre intrigante panorama.

Es obvio que un historiador europeo, y español en particular, que pretenda ejercer correctamente su oficio en el siglo XXI no puede ignorar la rica producción historiográfica de la academia portuguesa. Esta publicación se imponía, aunque cabría preguntarse si de veras un lector de lengua castellana interesado por la disciplina histórica y por estudios tan específicos como los publicados aquí, precisa de una traducción para acceder a la lengua de Saramago y de Pessoa. La observación no deja de sorprender e inquietar al historiador francés que soy y quien se esfuerza, mal que bien, en dominar ambas lenguas ibéricas sin tener la menor pretensión de investigar el pasado luso. No dudo que después de leer *Cultura imperial y proyectos coloniales*, el lector se arriesgará en *Cultura escrita: séculos XV a XVIII* (Lisboa, Instituto Ciências Sociais, 2007) y en *O discurso político em Portugal (1600-1650)* (Lisboa, Centro de Estudos de História e Cultura Portuguesa, Projecto Universidade Aberta, 1988).

A través de la diversidad de temas discutidos y de los contextos, el lector puede apreciar la longevidad y la complejidad del imperio portugués, sus múltiples y sucesivas facetas y sus constantes cambios. Mientras la expansión africana del siglo XV nos remite a una Europa todavía medieval, los últimos capítulos se enfocan sobre un poder portugués enfrentado con las Luces y los primeros años del siglo XIX, o sea, los tiempos napoleónicos tan lesivos para ambos imperios ibéricos. Falta espacio para presentar y discutir todos los temas tratados en el libro. Me limitaré, pues, a unas muestras que bastan para sugerir la calidad de la erudición y del contenido.

Así, por ejemplo, el primer capítulo examina la manera en que se establecía la comunicación entre portugueses, africanos, asiáticos e indios del Brasil en las etapas iniciales de la expansión portuguesa. El papel de los intérpretes nativos demuestra ser crucial en la constitución de lazos entre sociedades que nunca antes se habían cruzado. Estos inicios tuvieron un impacto decisivo no solo para Portugal y la península ibérica, sino también para la historia de la expansión europea y de lo que llamo la mundialización ibérica. Se nos explica que la “expansión concreta de la lengua se traduce en la organización de un sistema de intérpretes”. Sin embargo, como lo subraya Ramada Curto, en el contexto de las relaciones entabladas con el reino del Congo, la escritura asume, a su vez, una relevancia política y religiosa que no podemos desconocer. El historiador aprovecha estas páginas para revisitar el tópico de la “lengua compañera del imperio” a partir de la obra del cronista João de Barros que se inspiró en Lorenzo Valla y Antonio de Nebrija para redactar su *Diálogo em louvor da linguagem portuguesa* (1540). Como no sin razón repara el autor, “esta instrumentalización de la lengua al servicio de la evangelización [...] se superpone a las exaltaciones nacionalistas” (p. 33).

En la última sección del libro, el autor se interesa por el siglo de las Luces. ¿Cómo definir y valorar la producción escrita en este siglo XVIII? La glorificación de los

héroes en la India, el papel de las academias científicas y literarias, los discursos genealógicos –determinantes “para la construcción de las identidades regionales en Brasil”– constituyen temas de referencia a partir de los cuales Ramada Curto explora las aportaciones de un siglo XVIII portugués, todavía muy desconocido fuera de Portugal.

La elección de la larga duración no solo demuestra la erudición excepcional del historiador portugués sino que también recuerda que no se pueden analizar fenómenos como la trayectoria de los imperios sin medir en siglos y sin cuestionar los cortes cronológicos clásicos que siguen vigentes en las escuelas y en la universidad. Diogo Ramada Curto resulta ser, a la vez, un medievalista, un historiador de la primera modernidad y un especialista de las Luces. En nuestros días pocos de sus colegas europeos, sin hablar de los norteamericanos, parecen demostrar tanta polivalencia.

Desde hace ya muchos años lamentamos la ausencia de una visión más global o sencillamente más ibérica del pasado. Conviene reconocer que Diogo Ramada Curto nunca pierde de vista esta perspectiva, esbozando lo que une y opone a Antonio de Nebrija y João de Barros, evocando la relación de Colón con sus intérpretes o confrontando las grandes crónicas lusas con sus hermanas castellanas. Al leer y releer sus capítulos, no le culparemos por ignorar las exigencias contemporáneas de una historia menos cerrada sobre lo nacional y más abierta a dimensiones globales. De hecho, ese libro contribuye a darnos cuenta de la tarea –todavía inmensa– que espera a los historiadores peninsulares y a los especialistas de los mundos ibéricos. Desde sus primeras páginas, la lectura de *Cultura imperial y proyectos coloniales* demuestra lo urgente que sigue siendo el esfuerzo de comparatismo y no solo en materia de “proyectos coloniales” y de “cultura imperial”. ¿Cómo sino confrontando y reconectando sistemáticamente los imperios –a partir de análisis tan minuciosos como los reunidos en este libro– podremos salir de los callejones sin salida (en nuestro siglo) de la historia nacional y de un academismo eurocéntrico, impermeable a la singularidad y la ejemplaridad de los pasados ibéricos?

De hecho, la mayor parte de los temas que se suceden en estas páginas se presta a tan urgente reflexión. Algunos en particular, como la celebración en la corte de Madrid de la restitución de Bahía (1625) por Lope de Vega o el papel de los peruleiros en América del Sur, resultarían incomprensibles si uno no se pusiera a pensar las experiencias ibéricas en su conjunto. Plantean un sin fin de preguntas. Un ejemplo entre muchos: ¿Qué significa la unión de las coronas que duró ochenta años, o sea, casi la cuarta parte del tiempo recorrido por Ramada Curto? ¿Qué impacto tuvieron estos años sobre los proyectos coloniales de ambos? ¿Qué efecto sobre las respectivas culturas imperiales, a menos que, para tan largo periodo, se pueda sugerir que se estaba esbozando una cultura imperial propiamente ibérica? Resulta, pues, inevitable confrontar las expansiones de los dos imperios en sus varias y sucesivas modalidades. Y el siglo XVIII, siglo de las Luces americanas desde Salvador de Bahía y Minas Gerais hasta la ciudad de México y Lima, no escapa a este imperativo. Al leer las páginas dedicadas a los jesuitas y a la producción ilustrada en el Brasil del siglo XVIII, el hispanoamericanista no puede dejar de echar una ojeada sobre los reinos del Perú y de Nueva España. Es obvio que dichas comparaciones permitirían distinguir mejor, tratándose de la construcción de identidades, lo que es portugués de lo que es ibérico o de lo que es propiamente “americano”.

Cabe añadir que los beneficios de tales confrontaciones no se limitarían a los avances de la investigación histórica. Ayudarían a despertar un interés mayor entre

los historiadores españoles (y americanistas en general) por el pasado luso. La indispensable integración de los pasados ibéricos en las memorias europeas exige este esfuerzo saludable de conexión y reconexión que historiadores como Fernando Bouza y Rafael Valladares ya iniciaron con innegable éxito. Estamos convencidos de que la rica información que nos ofrece Diogo Ramada Curto aquí y en sus demás libros preparan esta tarea tan necesaria hoy en día, previa a la escritura de una historia realmente global o, por lo menos, mucho más europea.

Serge Gruzinski
Directeur de recherche émérite CNRS, Paris
Directeur d'études EHESS, Paris
serge.gruzinski@ehess.fr